El fondo doble de la maceta azul

Shyvirelle · relatoscortos.org

El viernes, cuando la albahaca volvió a inclinarse sobre la tierra seca, Iris decidió que alguien estaba mintiendo.

En el huerto de la escuela, las plantas tenían turnos de riego anotados en una cartulina. El lunes había regado el grupo de Iris; el miércoles, el de Javier; el jueves, el de Malena. Los tres habían marcado su casilla. Sin embargo, la maceta azul mostraba el mismo círculo de tierra pálida y agrietada que al comienzo de la semana. La albahaca apenas conservaba dos hojas firmes.

«El miércoles no le pusieron agua», dijo Iris.

Javier dejó la regadera sobre el banco.

«La puse donde siempre, en la ranura».

«Entonces la pusiste demasiado rápido».

«La medí. Ciento veinte mililitros. Está en la ficha».

Malena intervino desde la puerta del invernadero abierto: ella también había vertido su medida en la ranura. Era una hendidura estrecha que cruzaba el borde de la maceta y terminaba en una línea circular pintada de azul más oscuro. Nadie recordaba quién había decidido que aquella era la entrada del agua. El recipiente llegó al huerto como regalo de una feria escolar, con una planta nueva y sin instrucciones.

La profesora Elena les pidió que no discutieran todavía. Agarró una pizca de tierra, la apretó entre los dedos y la dejó caer. Se deshizo como arena.

«La planta necesita agua en la tierra», dijo. «Lo que tenemos que averiguar es a dónde ha ido la que dicen haber puesto».

Iris quiso responder que el problema era Javier, no la maceta, pero se contuvo. Durante cuatro días había visto las hojas caídas y había decidido que un casillero firmado no valía lo mismo que una planta viva. Aun así, no había estado allí cuando sus compañeros regaron.

La maceta tenía un borde ancho y un cuerpo liso. A mitad de altura mostraba una línea oscura, demasiado regular para ser una grieta. Al golpear con un nudillo sonaba distinta arriba y abajo: tierra sorda en la parte superior, eco hueco en la base. Elena recordó que el lunes la había pesado antes de colocarla en el banco: dos kilos y cien gramos. Ahora la balanza del aula marcaba cerca de dos kilos y cuatrocientos cuarenta. No habían añadido tierra, piedras ni abono.

«Tres turnos de ciento veinte mililitros sumarían trescientos sesenta gramos de agua», calculó Malena. «El peso aumentó casi eso».

«Casi», insistió Iris. «También podría haber pesado mal la primera vez».

Elena asintió. El peso sugería que había entrado agua, pero no demostraba por qué la tierra seguía seca. Era una pista; no una sentencia para nadie.

Iris buscó una tiza del aula y trazó una raya fina en el interior de la ranura. Si el agua recorría ese camino, tendría que borrar al menos parte del blanco. Malena llenó un vaso medidor con ciento cincuenta mililitros. Antes de verter, Iris pasó el dedo por la tierra junto al tallo: seguía seca. Javier apoyó la balanza bajo la maceta y anotó el peso.

Malena echó despacio el agua en la ranura. La tiza se oscureció y desapareció desde la entrada hasta una pequeña curva. No salió ni una gota a la superficie de la tierra. La balanza registró un aumento próximo a ciento cincuenta gramos. Al tocar el sustrato otra vez, Iris sintió el mismo polvo seco.

Tenían dos observaciones distintas: la raya de tiza mostraba el camino inicial del agua; el peso indicaba que se estaba quedando en alguna parte del recipiente. Ninguna dependía de creer o no a Javier.

Entonces Elena hizo girar suavemente el plato inferior. La línea oscura era la unión de dos piezas. La base se desenroscó un cuarto de vuelta y se separó del vaso donde estaban las raíces. Dentro había un depósito semicircular con agua. El canal de la ranura llegaba directamente a él. Un tabique de cerámica lo aislaba de la tierra: no tenía mecha, ni agujero, ni tubo de subida. Era una maceta de exposición con recipiente para recoger agua decorativa, no una maceta de autorriego.

«¿Por qué lo hicieron así?», preguntó Malena.

«No lo sabemos», respondió Elena. «Pero ya sabemos por dónde no llega el agua».

Iris tomó una hoja y dibujó un corte de lado. Arriba puso las raíces en el sustrato; abajo, el depósito. Con una flecha marcó el recorrido desde la ranura lateral. Entre ambos compartimentos dibujó el tabique cerrado y dejó un espacio claro para señalar que allí no había conexión. Javier sostuvo las piezas separadas hasta que el esquema coincidió con la maceta abierta.



Esquema de Iris: la ranura llena el depósito, no la tierra de la maceta.

A Iris le molestó descubrir que su dibujo explicaba también su propio error. Ella había firmado el lunes el primer turno. Había vertido el agua por la misma ranura, con tanta seguridad como Javier. Había acusado a una sola persona de repetir algo que los tres grupos habían hecho.

«Perdón», le dijo a Javier delante de Elena y Malena. «Te acusé sin comprobarlo. Yo también regué el depósito».

«Yo habría pensado lo mismo si no me tocaba el miércoles», contestó él. Luego miró la albahaca. «¿Y ahora qué hacemos para que no se seque?».

No quisieron perforar aquella cerámica sin saber si se rompería. Vaciaron el depósito, retiraron con cuidado la albahaca y la trasladaron a una maceta corriente con salida de drenaje y sustrato fresco. Le dieron agua directamente a la tierra y comprobaron que humedecía la zona de las raíces antes de salir por abajo. La maceta azul quedó limpia, desmontada y a la vista, como material para observar.

Iris propuso cambiar la hoja de turnos. En lugar de una sola casilla que dijera «regado», cada grupo anotaría dónde vertió el agua, qué parte de la tierra comprobó y si vio salir el exceso por el drenaje. Nadie tendría que adivinar el mecanismo de un recipiente extraño. También dibujó dos pequeños recuadros en la cartulina: «Lo que hicimos» y «Lo que comprobamos».

El lunes siguiente, la nueva clase encontró el esquema de la maceta azul sujeto al banco. Antes de tocar la regadera, una niña señaló la flecha del depósito y preguntó si esa era la forma correcta de regar.

«Esa es la forma en que nosotros creíamos hacerlo», respondió Iris. Le mostró la otra maceta y dejó que la niña hundiera un dedo en la tierra fresca.

La albahaca aún tenía hojas caídas, pero había levantado una de las nuevas. Iris no podía asegurar que se recuperaría por completo. Sí podía asegurar algo más pequeño y útil: esta vez el agua había llegado donde hacía falta y el siguiente grupo sabría comprobarlo.